



EL ARTE ENTRE LA MISERIA Y EL EROTISMO

SOBRE: J. WALTER, J. CAMPOS Y L. PAULINOVICH Y M. NEGRI (DIRECTORES). ; F. GALASSI (DISEÑADOR). (2015). *EL CORÁN Y EL TERMOTANQUE. REVISTA DE LITERATURA Y ARTES. AÑO 1* (Nº 1, 2, Y 3). ROSARIO.

María Nieves Battistoni

Universidad Nacional de Rosario
nievesbattistoni@gmail.com

En octubre de 2011, Juan Campos y Lucas Paulinovich, dos amigos aventureros, asomaron a la escena cultural rosarina con un blog de identidad confusa que les permitió dar rienda suelta a sus inquietudes, escribir lo que quisieran, y sobre todo, fomentar lo que han llamado “literatura libre”, es decir, expresión pura, sin reglas ni formatos, burlona de la Gramática, la Calidad y el Valor, esos guardianes tan temidos.

El Corán y el termotanque es para sus creadores “un desafío en todas sus formas” que en poco tiempo, y a pesar de la falta de talento y creatividad de la que se jactan, se arrojó con la precisión de un *cross a la mandíbula* a la conquista de los más variados espacios multimediales. Aquel blog de los comienzos, hoy mudado a página web, convive con un programa de radio que se transmite por Radio Universidad, una cuidada editorial que ya atesora cinco títulos y varias colecciones (Libros del Gallo rojo, Libros de La barca, Series bolsilleros y Cuadernos de Orixás), y una revista en formato digital y en papel autosustentada que es el orgullo de este hermano perseguido de “la Biblia y el calefón”.

A fines de 2014, el equipo que se propuso “hacer engordar las culturas alternativas” también ensanchó sus filas y decidió atender a una vieja idea reanimada por un nuevo integrante, Jeremías Walter, de concretar una versión impresa a todo color de periodicidad trimestral. *El Corán y el termotanque* divide su espacio entre poesía, narrativa (numerosos cuentos y la novela por entregas que escribe Andrés Calloni, *Luna de provincia de Santa Fe*), crónicas, ensayos y una página de fotografías en blanco y negro que hacen foco metonímico en algún rostro humano, o se adueñan de la fachada de una tapera de velos raídos. Como en una danza de lenguajes que celebran sus semejanzas, a cada texto corresponde su imagen. En la última página, la ilustración de retirada exhibe un mural de colores complementarios que da cita a la imaginación erótica de Octavio Paz, o

un fragmento en clave *trash* de *Trópico de Cáncer* en el que Henry Miller asegura no ser responsable en absoluto de su destino.

El Corán y el termotanque es, a su vez, un espacio abierto sin fines de lucro que mantiene vigente su convocatoria plural y “anti-aurática” durante todo el año: “Si sos escritor, artista plástico, fotógrafo, dibujante, historietista, cronista, historiador, te estamos buscando”, se lee en la contratapa. No hay censura ni evaluaciones, “eso le toca al lector” –aseguran–. Sus directores, aunque ensayen las poses del “desprevenido”, saben cómo traccionar los hilos de una ciudad dada a la invención, cómo crear un espacio legítimo para las voces que, quizás, de otro modo serían inaudibles. Esta apuesta radical a la libertad artística y a la democratización del acceso y producción del conocimiento constituye una cuestión de principios medular para la revista en tanto le da su impronta y condiciona el resultado.

La editorial del primer número, más anárquico en sus contenidos, se orienta específicamente a definir el proyecto, o más bien a deconstruirlo en una “experiencia indefinible”, falta de pericia conceptual de la que supieron sacar ventaja creativa. La segunda y tercera editorial, en cambio, se ordenan alrededor de una pregunta eje que circunscribe temáticamente a la revista. Sus colaboraciones se recortan sobre la multiplicidad de percepciones que puede liberar una palabra clave, un concepto, una intriga colectiva. “¿Hay creación en la miseria?”, dispara el segundo número aparecido en agosto de 2015. Desde ahí interpela las posturas personales de los autores que van tomando las más variadas formas. “Mantra de Nueva York” (con ilustraciones de Lali Ruggeri) es un poema poderoso de Ezequiel Gatto sobre la ciclópea ciudad de los rascacielos sin balcones –rascacielos intransitivos– y sus arterias subterráneas en las que bailan *breakdance* acariciando el aire espeso del metro tres pibes que podrían ser del Bronx, o de Harlem, y hacen *moon walking* con zapatos que no son los de hacer *moon walking*. Matías Romaguera también entona un mantra para los chicos de su barrio, la República de la sexta, que sólo saben decir “búnker”, que cuando suman dos más dos les da: “búnker”. Pide en su “liturgia-contra” que los chicos aprendan a valerse por sí mismos, que sigan con lo que el virreinato se llevó –la cultura del indio–, que se expresen, por una vez, sin decir esa palabra que suena a cocina que explota. Brenda Galinac hace su lista de supermercado, lista conjuro que avanza con la fuerza del contrapunto de dos tonos, con la sola música de dos términos, un sustantivo y un adjetivo: la casta, la santidad, la dinastía, la propiedad, la sangre, la tradición, la secta son los productos que tanto cuestan y nada valen y que estallan cuando la creatividad les sale al paso. “Ayer fui al correo”, el cuento de José Sainz que ilustra Leonel Monte, en una escalada *in crescendo* que saltea toda pausa, hace del simple gesto de mandar un libro por correo a un amigo una ocasión para pensar en el sistema analógico del correo, en

el espacio mal resuelto de la sucursal de Entre Ríos y Saavedra, y en la florería de enfrente que huele a podrido y a declinación de la vida. Escribir (el personaje del cuento es autor del libro que envía por correo a su amigo) escribir, entonces, se concibe como un acto de preservación. Sin abominar, como Borges, de los espejos y la cópula, el torpe intento de multiplicarse en papel, en letra impresa, deviene el único gesto posible para un escritor empeinado en combatir esos antros de la muerte.

El tercer número publicado en diciembre de 2015 indaga sin tapujos la relación entre el sexo y el arte. Escribe Marianela Luna sobre la ansiedad de una espera, ahora que ella se ha vuelto agua y se derrama por la casa fría, ella que es verano y quema el cigarrillo de la espera con su cuerpo incandescente. “En el suelo las prendas dibujan los vértices de nuestra constelación”, así se consuma el deseo catástrofe de este encuentro amoroso. El hombre y la mujer del poema de Marcelo Scalona se ponen a jugar a la histeria del “a que sí, a que no”. El hombre pierde el duelo y para que nunca más se atreva a decir “a que no”, en el baño sucio del boliche de Uranga, la mujer le quita la ropa como si lo robara, y tira al piso el cinto, la remera y el bóxer, esta vez, sin formar vértices. Marcelo Britos comienza su cuento “Estorninos” evocando la infinita paciencia constitutiva del deseo, la sabiduría de la espera que es propia del deseo y hace emerger, sin juzgar, el ancestral tabú del incesto en el desliz de un padre que casi pierde un ojo por espiar *lo que no debe*.

Atentos al contorno, los directores tienen plena conciencia de los tópicos que eligen para las sucesivas ediciones. Siempre refractarios a la mirada hegemónica, prefieren, en cambio, la caleidoscópica que se forma en la dispersión de los fragmentos. Saben que, más allá del efecto, el erotismo es capaz de mantener en vilo a cualquier lector. Por eso, para distanciarse de lo que domina en el mercado de deseos –según su diagnóstico, *Cincuenta sombras de Grey*–, y por la delicia de atacar tabúes nunca bienvenidos en espacios culturales de mayor alcance, es que quisieron hacerle un lugar, cálido y húmedo, en esta aventura colectiva.

Referencias bibliográficas

Walter, J., Campos, J., Paulinovich, L., & Negri, M. (Editores); Galassi, F. (Diseñador). (2015). El Corán y el termotanque. Revista de Literatura y Artes, 1(1, 2 y 3).